

EMILIO HÜBNER

LOS MÁS ANTIGUOS POETAS DE LA PENÍNSULA

Nadie duda que los poetas y escritores latinos nacidos en la Península y que florecieron en el primer siglo de nuestra era, no pueden considerarse como pertenecientes á la literatura española. Pomponio Mela, los dos Sénecas y Quintiliano los prosaístas, y los poetas Columela y Marcial el satírico, aunque hijos de España, como nacidos en las antiguas ciudades de *Tingentera*, *Corduba*, *Calagurris*, *Gades* y *Bilbilis*, por haber escrito en latín, no eran autores españoles, sino romanos, aunque figuran entre aquellos en los volúmenes abultados de los Padres Mohe-danos. El nacimiento casual nada significa: un autor inglés, nacido casualmente en Bombay ó en Calcutta, por eso no forma parte de la literatura india. Con todo eso, el suelo natal, en cierto grado, no debe necesariamente, pero puede ejercer una influencia, á veces ligera, á veces más sensible, sobre el modo de pensar y de hablar.

Desde la época del gran Pompeyo y de Julio César su adversario, en los centros de la civilización peninsular, como en Cartagena, Tarragona, Cádiz y Córdoba, por los ejércitos y por los funcionarios de la República romana, hubo de propagarse, con las demás costumbres de la vida, el gusto de la poesía. Discípulos de los griegos, y en roce continuo con ellos, no sólo en la Grecia y en las provincias del Oriente, sino en Roma misma y en todas las ciudades de las demás provincias, los romanos no dejaron pasar las ocasiones solemnes de la vida humana: días natales, bodas, la muerte, el culto de los dioses, sin darles la gala de la poesía, no de una poesía propiamente popular, sino debida á la corriente del entusiasmo causado por los modelos griegos—el mismo entusiasmo que había inspirado poetas como Livio y Nevio, como Ennio y Lucre-

zio, como Plauto y Terenzio, como Attio y Catullo.— Entre la gente que con los conquistadores dejó la patria y se quedó en la nueva provincia; entre los veteranos de los ejércitos que se hicieron labradores en los campos fértiles de la costa oriental y en los ricos valles del Ebro y del Betis; entre los mercaderes y los obreros que, sucesores de los fenicios y griegos, se establecieron en los grandes puertos del mar, no faltaban talentos más ó menos hábiles que, con el estudio de los poetas patrios arriba nombrados, y con la facilidad del habla desde muy antiguo propia á los habitantes de Italia, sobre todo de la meridional, sabían dar expresión á los sentimientos de alegría y de luto que les inspiraban las fiestas y las aflicciones de la vida humana.

Sobre todo el luto. Ornar las tumbas de sus amados, no sólo con la inscripción del nombre del difunto, sino con unos versos de tierna compasión y de recuerdo anheloso, de «saudade,» como dicen los portugueses, les fué casi una necesidad. En Roma esta costumbre nació de la imitación de los poetas griegos de la época de Alejandro el Grande y de sus sucesores, como los Ptolomeos en Egipto. El «epigrama» en general, como lo llamaron en el sentido estricto de la palabra, y especialmente el epigrama sepulcral, puesto sobre la piedra de la tumba, es una de las producciones más características de aquella época de la cultura romana. Los ejemplos más antiguos de tales epigramas que conocemos proceden de poetas célebres: Ennio, Pacuvio y otros. Algunos entre ellos se sirven aún del metro antiguo indígena: el verso saturnio. Después usaron el metro del diálogo dramático de la tragedia y de la comedia, los senarios iámbicos y los septenarios trocáicos. Mas en el progreso del tiempo la multitud dominante prefería el metro dactílico, los hexámetros, y, sobre todo, el elégico, los dísticos dactílicos, compuestos de hexámetros y pentámetros. En breve tiempo, desde la época de los Escipiones y de los Gracos en adelante, se divulgó tanto la costumbre de tales elogios poéticos en memoria

de los difuntos, que debió haber habido colecciones de muestras, de entre las cuales cada uno pudiera elegir los preámbulos y las frases más necesarias, sólo cambiando los nombres y añadiendo circunstancias particulares, años de la vida del difunto, causa singular de la muerte, etc. Así, el ingenio del poeta, ó más bien de la persona con gustos poéticos, tenía todavía algún espacio para hacer lucir sus talentos. Estos poetas de ocasión son los más antiguos poetas líricos locales, cuyas composiciones nos han conservado las piedras en que fueron grabadas.

Entre las seis á siete mil inscripciones latinas de la Península que reúne mi colección de las inscripciones de la época pagana, con sus dos suplementos, se cuentan unas setenta poéticas, ó sea un siete por ciento del total. Verdad es que muchas entre ellas apenas merecen el nombre de poesías: no son más que centones compuestos de frases y fórmulas corrientes. Pero entre las más antiguas, hay algunas que sobresalen sensiblemente entre la vil muchedumbre. Su arte superior ya se descubre en una particularidad significante: mientras las comunes y malas dan los nombres de los difuntos en prosa, sin combinarlos con el metro del epigrama, las buenas, que asimismo son las más antiguas, aciertan, no sin artificios graciosos, á dar á los nombres su puesto dentro de los versos.

Estas poesías epigráficas, muchas de ellas mal conservadas en las piedras y llenas de huecos; otras ya no existentes y copiadas por personas menos curiosas é indoctas, las he corregido y suplido con la ayuda de algunos amigos, conocedores particulares de esta clase de composiciones poéticas. Ultimamente un sabio colega mío ha reunido una colección completa de todas las poesías de esta clase, en número de mil ochocientas sesenta, encontradas en los monumentos epigráficos de Roma, de Italia y de las provincias del vasto imperio (1), publicados en varias

(1) *Carmina Latina epigraphica, conlegit Franciscus Bucheler*, dos volúmenes: Lipsia, 1895 y 1897, 8.º

partes de los veinte volúmenes en folio de nuestro *Corpus inscriptionum Latinarum*. No me detengo aquí á detallar las dificultades críticas respecto al texto de los ejemplos que voy á proponer: doy su texto corregido y suplido según las últimas tentativas. Las enumero según su edad aproximada, comenzando con los más antiguos, y añadiendo unas pocas anotaciones para su mejor inteligencia.

En Cartagena, la antigua capital de las provincias ibéricas, fueron hallados los ejemplos más antiguos y más bellos de la poesía sepulcral. Parece como que la progenie de las valientes huestes, conducidas por los Escipiones, ha conservado por más de siglo y medio fuerza y talento para las obras de guerra y paz. Al principio del primer siglo antes de Cristo, época de Sila y de César, pertenecen los epígrafes poéticos que siguen.

I. Existe en Pinilla, cerca de Cartagena, pero no la he visto; el texto depende de las copias de Vargas Ponce y de algunos amigos de Aureliano Fernández-Guerra (*Corpus*, núm. 3.479, y Suplemento núm. 5.928; Buecheler, núm. 979). Parece que el difunto se llamó Quinto Lusio Senica.

*Mollem robusteis nondum formata iuventus
ætatem Lusi viribus induerat,
cum caræ exoptans complexum sæpe sororis,
multa viæ dum volt millia conficere,
cæditur infesto concursu forte latronum:
sic rapit hoc clades corpus acerba nimis.
Illa ætas credo hoc tribuit pro tempore mortis,
ut bona non meminit, seic mala ne timeat.*

Muy joven aún, pero ya fuerte, tal vez como soldado, en guarnición ó en campaña lejos de la ciudad, Lusio quiso volver á ella para ver y abrazar á su hermana. Pero en el camino le acometieron ladrones, y pereció. La hermana, creo, le puso el epitafio que, en cuatro dísticos no indignos de la época de Catullo, y en la ortografía de la misma, cuenta el hecho singular que causó su muerte,

y excusa la temeridad juvenil, que, como no se acuerda del bien, así no teme el mal. El último dístico no está completo en el original, y puede suplirse de varios modos; los suplementos por mí propuestos no son ciertos. La singularidad del hecho excluye fórmulas y frases comunes: el poeta habla sin referirse al sepulcro.

II. Existía en Cartagena: mandaron el texto á Gregorio Mayans, quien lo comunicó con Pedro Burmann (*Ephemeris epigr.* VIII, núm. 194; Buecheler, número 1.076). Es el sepulcro de dos Siciurias, madre é hija: los Siciuros eran una familia plebeya antigua.

*Filia cum matre est, hospes, sei forte requiris,
heic sita, quas rapuit mortis acerba dies.
Sed prius eripuit matri qui in omnia pollet
crudelis casus fliolam e manibus.
Pæne immatura morte ereptam sibi gnatam
heu quantum mater fleverit indicio,
nam postquam fletu et monumento hoc condecoravit
gnatam, per luctus reddidit ipsa animam.*

El poeta habla al huésped que pasa, usando la fórmula común *hic sita est*. Pero aquí también el hecho singular no permite más que un uso discreto de frases, como *mortis acerba dies* y *monumento hoc condecoravit*. Los dos primeros dísticos se refieren á la hija; los dos últimos á la madre. El acaso cruel, á cuyo poder todos están sometidos, había robado antes la hijuela de entre las manos de la madre. Cuánto ésta lloró la pérdida prematura, lo prueba que, después de haberle erigido este monumento con llanto y lágrimas, por el luto excesivo ella también dió su alma. Estas circunstancias no comunes son descritas por el poeta no sin vigor de lenguaje y con mucha ingenuidad.

III. Existe en Cartagena; epitafio del joven Licinio Torax, con letras pequeñas, pero elegantes, de la edad de César ó de Augusto (*Corpus*, núm. 3.475; Buecheler, número 980).

*Hospes consiste et Thoracis perlege nomen:
immatura iacent ossa relata mea.
Sæva parentibus eripuit Fortuna meis me
nec iuvenem passast ulteriora. frui.*

• *Nil simile aspicias; timeant ventura parentes,
nec nimium matres concupiant parere.*

Nada era más común en los epitafios griegos y romanos, como las tumbas solían estar al lado de las grandes carreteras públicas, que dirigirse el difunto ó sepultado, á veces el sepulcro mismo ó la piedra sepulcral, al caminante que pasa—como ya en el epígrafe núm. II—, suplicándole que se pare un momento breve para leer el epigrama y simpatizar con el difunto y sus parientes. Los tres dísticos del sepulcro de Torax muestran un progreso del arte en comparación con los dos poemas anteriores; pero al mismo tiempo usan más fórmulas y frases convencionales. Cada dístico contiene un pensamiento concluído. El de los dos primeros sólo en la forma tiene algo de original. El sentido del último es raro: «No veas cosa semejante en tu vida, teman el porvenir todos los padres, no deseen demasiado las madres parir.» Parece tomado de algún poeta trágico.

IV. Existe en Cartagena; un tal Marco Maestrio Lución, tal vez un negociante, lo puso á un esclavo nacido en su casa, de veintiún años, y á la familia del mismo (*Corpus*, núm. 3.501; Buecheler, núm. 1.070), como lo indica el texto que sigue á este dístico.

*Filiolam amisit pater, heu, materque segutast
ipsa; huius nomen Salviolæ fuerat.*

Este solo dístico, que relata una suerte semejante á la del poema núm. II, se distingue por su elegantísima brevedad. Calla el nombre del siervo con la severidad antigua romana, para la cual el siervo es objeto, no persona; mas cediendo á un rasgo de ternura, cuya causa ignora-

mos, añade el de la joven madre, que se decía Salvia, nombrándola con el diminutivo halagüeño *Salviola*. Puede ser que sea más antiguo que el que precede.

V. A un joven de linaje generoso pertenece el último epitafio poético de Cartagena que se ha conservado. Es un Lucio Sulpicio, hijo de un Quinto y nieto de un Quinto Sulpicio de la tribu *Collina* (*Corpus*, núm. 3.504; Buecheler, núm. 363). Los Sulpicios son una antigua familia patricia. Nada se dice de su edad ni del puesto que en su vida ocupaba, de donde se deduce que murió muy joven. Pero no dejaron los sobrevivientes de añadir á sus nombres un dístico laudatorio, cuyo primer verso, por descuido, quedó incompleto. Añadido dos palabras, que tal vez fueran las que antiguamente se quisieron poner.

*Hic situs est [iuvenis fortissimus] ille probatus
iudicieis multeis cognatis atque propinqueis.*

Toda la familia lo juzgó repetidas veces digno de alabanzas.

Cartagena no es la única ciudad antigua de la Península que ofrece poemas sepulcrales, aunque la más rica en ellos.

VI. En Sagunto existe, en una casa particular, no en el Museo—que es el teatro antiguo—, el siguiente epitafio de un joven soldado, que se llamó Marco Acilio Fontano (*Corpus*, núm. 3.871; Buecheler, núm. 978):

*Eripuit nobeis unde vicensumus annus
ingressum iuvenem militiam cupide.
Parcæ falluntur Fontanum quæ rapuerunt,
cum sit perpetuo fama futura viri.*

Con mucha gracia dice el primer dístico que el joven Fontano murió á los diez y nueve años, cuando apenas había entrado en el servicio militar—creo en el contubernio ó la cohorte de uno de los oficiales mayores—, lleno de am-

bición. Pero se engañan las Parcas que se lo llevaron: su gloria no perecerá nunca. Y en eso parece efectivamente que no se engañaron los que le pusieron el epigrama, pues su nombre hasta hoy vive. No hay fórmulas y frases divulgadas; es una composición poética *ad hoc*.

En Zaragoza, cuya época más antigua todavía es tan desconocida, que sólo ahora empieza á recibir algo mayor claridad histórica (1), se encontró, pero ya no existe, un epigrama sepulcral—creo que de la época de Augusto—, que muestra una nueva forma de composición. Pues es un diálogo entre la mujer sobreviviente y el difunto marido. Los nombres de ambos han perecido (*Corpus*, número 3.001; Buecheler, núm. 1.139).

*Servavi thalamum Genio, dulcissime coniux:
servandus nunc est pro thalamo tumulus.*

*Ornasti et Manes lacrimis, miserabilis uxor:
haud optare alias fas erat inferias.*

Los dos dísticos, con arte consumado, oponen entre sí el Genio de la que vive y los Manes del que murió. La mujer dice que habiendo guardado al Genio de su dulce cónyuge durante la vida el tálamo nupcial, ya no le queda otro oficio que el de guardar su tumba. Y el marido responde á la mujer compasiva, que además ella había honrado á los dioses Manes con su llanto, y que no esperaba otras exequias de ella. Es un juego de ideas y palabras que hace la impresión de invención original.

En la entonces opulentísima ciudad de Cádiz abundan los epitafios sencillos, planchitas pequeñas de mármol blanco, con sólo los nombres de los difuntos y dos ó tres

(1) El Marqués de Monsalud, joven y entusiasta indagador de las antigüedades romanas en su país natal de Extremadura y de la alta Andalucía, y en el de algunas de sus posesiones de Aragón, acaba de publicar unos nuevos monumentos epigráficos de Zaragoza en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, volumen XXXII, 1898, pág. 402.

fórmulas muy comunes, como «caro á los suyos,» «piadoso con los suyos,» y el frecuentísimo «séate la tierra ligera.» Las excepciones de esta costumbre son raras.

VII. En el 1887 se encontró en la Necrópolis de la Punta de la Vaca, y existe en el Museo, el siguiente epigrama, escrito sobre losa de mármol pequeña, con letras de fines del primer siglo (*Corpus*, núm. 5.478; Buecheler, núm. 1.158):

*Contegit hic tumulus duo pignora cara parentum,
indicat et titulus nomine quo fuerint.
Sors prior in puero cecidit; sed flebile fatum
(tristior ecce dies!) renovat mala volnera, sana
et modo quæ fuerat filia nunc cinis est.*

El título, distinto del epigrama, contiene los nombres de los niños *Festiva*, la alegre, de once años, y *Sodalis*, su compañero, de un año, y del padre, *Rogatus*, tal vez esclavo. El epigrama es irregular: contiene dos dísticos y un hexámetro además, pero sin frases vulgares. La muerte consecutiva de las dos prendas queridas ha inspirado al poeta, aunque de condición humilde, pensamientos tiernos y palabras escogidas. Al niño tocóle la suerte antes; pero el hado lastimoso, en un día aún más triste, renovó las malas llagas y se llevó también la hija, hasta entonces sana.

No sólo en los grandes centros, sino también en poblaciones más modestas, la poesía sepulcral ha penetrado ya durante el primer siglo, con la prosperidad creciente, sobre todo en la provincia Bética.

VIII. En Martos, la antigua *Tucci*, existió íntegro, pero ya está algo mutilado (el Museo Arqueológico Nacional de Madrid conserva un yeso de la parte superior), el epigrama siguiente de una *Cæsia Celsa*, que murió de sesenta y cinco años (*Corpus*, núm. 1.699; Buecheler, número 1.123):

*Quod voto petiere suis plerumque parentes,
cuncta tibi dignæ, Cæsia, contigerunt:
lanifici præclara fides pietatis alumna,
prisæ præcipue fama pudicitæ.
Te rogo, præteriens dicas: sit tibi terra levis.*

Es, evidentemente, del siglo I. La mayor alabanza que tuvieron las antiguas matronas romanas, las mujeres de los Cincinatos y Serranos, era la de haber sido «castas, lanificas, domisedas.» La confianza, nunca vacilante en sus labores domésticas, se dice *pietatis alumna*, como procedente de sus sentidos piadosos. Así Eneas, por Ovidio, viene llamado *notæ pietatis alumnus* (*Metam.* XIV, 443). Un pentámetro hipémetro, de seis pies, compuesto de las fórmulas de costumbre, termina los dos dísticos.

IX. En Osuna—*Urso*—los epigrafistas del siglo XVI copiaron el siguiente epigrama de un liberto, de nombre Fausto, de veintiún años (*Corpus*, núm. 1.413; Buecheler, núm. 1.069):

*Immatura tui properantur tempora fati
primaque præcipiti limine vita ruit.
Viginti tecum nam fers non amplius annos,
sed decuit talem longior hora virum.*

El primer dístico es de invención original y de expresión algo audaz: *tempora immatura fati* y la *prima vita*, que cae *præcipite limine*—en vez de *præceps ruit primo limine*—, tal vez tomado de un modelo más antiguo. El otro dístico viene repetido en otro epigrama fragmentado de Osuna (*Corpus*, núm. 1.414, *septuaginta tecum transfers, non amplius annos, debueras tamen habuisse mille*). Los creo ambos del siglo I.

X. En Ecija—*Astigi*—existía el siguiente, de un Lucio Petronio Primo (*Corpus*, núm. 1.504; Buecheler, número 1.138):

*Uxor cara viro monumentum fecit amanti:
optaram in manibus coniugis occidere.
Quem quia fata nimis rapuerunt tempore iniquo,
ossibus opto tuis sit pia terra levis.*

El sentido enunciado en estos dos dísticos no tiene nada de particular; sin embargo, el giro de la frase es elegante y la forma del lenguaje poético inmejorable. El que los inventó conocía perfectamente los mejores modelos.

El luto que inspira la pérdida de padres é hijos y de esposos es el más común, y la mayor parte de los poemas hasta aquí reproducidos se reducen á tratar de estos asuntos. Más raro es el loor de la amistad.

XI. En la antigua *Salpensa*, célebre por su ley municipal, encontrada junto con la de Málaga, y que estuvo situada no lejos de la moderna Utrera, se halló un epigrama, que tenía en su casa el poeta Rodrigo Caro; después pereció (*Corpus*, núm. 1.293; Buecheler, núm. 1.103). Lo creo de fines del primer siglo ó de principios del segundo; es de un siervo del nombre claro de Pílates; su amo era Annio Novato el padre. Dice así, en tres dísticos:

*Subductum primæ Pyladen hæc ara iuventæ
indicat, exemplum non leve amicitæ.
Namque sodalicii sacravit turba futurum
nominis indicium nec minus officii.
Dicite qui legitis solito de more sepulto:
pro meritis, Pylades, sit tibi terra levis.*

Pílates, muerto joven, era de amistad ejemplar hacia sus sodales, tal vez de una cofradía devota; llevaba, pues, de derecho el nombre típico del ideal de la amistad: la amistad entre Orestes y Pílates. Por eso sus compañeros y amigos le pusieron el epitafio, para que su nombre fuese señal imperecedera del piadoso afecto. Los dos dísticos primeros expresan este pensamiento con originalidad y elegancia.

Terminar el pentámetro con una palabra de cinco síla-

bas, es un artificio de Catullo (96,4 *flemus amicitias*; 100,6 *unica amicitia*) y Propertio (I, 2,24 *forma pudicitia*; I, 15,22 *fama pudicitiae*). El último dístico acierta á variar con mucha gracia las fórmulas vulgares.

En Marchena se encontró otro epigrama, que también obraba en manos de Rodrigo Caro, á quien se lo regaló el entonces Duque de Arcos (*Corpus*, núm. 1.399; Buecheler, núm. 1.140), y que ya no existe. Los seis dísticos, en que Firma, la mujer de un Epafrodito, ambos de condición libertos, celebra su amor conyugal y las virtudes de su marido, no carece de méritos. Pero no lo transcribo, pues le falta originalidad y gracia.

Por lo mismo, dejo aparte uno más largo aún, que existe en Vilches, la antigua *Bæsucci* (*Corpus*, núm. 3.256; Buecheler, núm. 1.196). Son siete dísticos; pero de la mayor parte de los versos no existe sino la mitad, pues la parte derecha de la piedra y algo de la izquierda perecieron. Celebran las virtudes de un Cassio Crescente, muerto joven, y juegan con el nombre de *Crescens*, al cual, sin embargo, no era concedido de crecer. Los versos no carecen de cierta gracia ni consisten sólo en frases de costumbre; pero no son de un mérito sobresaliente. Los creo de fines del siglo primero.

Personas de cultura griega casi todas, alguna también de nacionalidad, fueron los autores de estas poesías. A veces muestran su habilidad poética en ambas lenguas.

XII. De Mérida proviene, y en Plasencia existe, el siguiente poema bilingüe (*Corpus*, núm. 562; Buecheler, núm. 1.197), que por el carácter de sus letras lo he atribuído al siglo segundo. Preceden dos dísticos griegos:

Μήτηρ μοι Γαιῆνα, παρ' ἠρίον ὅστις ὀδεύεις,
ἤγειρε στήλην σὺν πατρὶ Ἐωσθένεϊ,
πολλ' ὀλοφυράμενοι μικρῶ ἔπι· ἦν γὰρ ἐμοὶ μείς
ἑβδομος οὐ πλήρης, οὐνομ' Ἰουλιανός.

Sigue un dístico latino solo:

*Nomine Iulianus, menses excedere septem
haut licitum; multum flevit uterque parens.*

Sólo el epigrama griego nos da los nombres de los padres, Sóstenes y Gaiena, griego el uno, el otro romano. El niño difunto dice al caminante que sus padres le erigieron la piedra del sepulcro, con mucho llanto sobre su poca edad, pues no había aún cumplido el séptimo mes de su vida, y su nombre fué Iuliano. Con admirable brevedad condensa el dístico latino el mismo sentido, pero sin nombrar los padres.

XIII. A época algo más reciente, creo al siglo II ó III, pertenece un fragmento de epitafio encontrado en Tarragona, que ya no existe (*Corpus*, núm. 4.426; Buecheler, núm. 1.489). No es completo, ni se conocen los nombres del difunto á que pertenecía.

*Aspice quam subito marcet quod floruit ante,
aspice quam subito quod stetit ante cadit.
Nascentes morimur finisque ab origine pendet,
[illa eadem vitam quæ incohat hora rapit].*

Los dos dísticos solos que se han conservado contienen reflexiones sobre la brevedad de la vida humana, que aunque no son originales, se distinguen por su lenguaje agudo y nada común. El verso tercero está tomado literalmente del poema astrológico del poeta Manilio, de la época de Augusto (IV, 16), y se encuentra también en otras poesías de esta clase; el último lo añadió Ambrosio de Morales para llenar el vacío, en el cual pueden haber perecido otros versos más.

Todas estas poesías, con excepción de las de soldados, no se ocupan de la profesión especial de los difuntos; muchos de ellos, muertos jóvenes, no tenían ninguna. La de Vilches, de que hice mención arriba sin transcribirla, habla de la noble virtud del ingenio del difunto y de la vir-